

Por una desobediencia lectora

Noelia Pena

Escritora

«La tarea más difícil es decir nosotras.
Tañer en mi cuerpo la voz de las
mujeres que no soy.»

El agua que falta, 2014

La lectora resistente

PENSAR EL PASADO PARA PODER RESISTIR EN EL PRESENTE. ESA ES LA clave. Porque la historia no comienza en una misma, no es necesario pensarlo todo como si fuera la primera vez. Se impone que recordemos las luchas previas. Al hacerlo abrimos una distancia desde la cual podemos pensarnos a nosotras mismas y desde la cual hacemos pensable la experiencia de un «nosotras».

Una de las formas privilegiadas de relacionarnos con el pasado es a través de la lectura. Leer, leer, leer sigue siendo la consigna. Aprender a leer fue una de las primeras pruebas, cuya superación nos hizo ingresar en ese gran sistema de representación que es la cultura. Saber leer como carta de naturaleza. Pero leer es una operación compleja, un proceso mental dialógico en el que intervienen diversos estratos que involucran no únicamente lo textual sino lo autobiográfico, lo ideológico y lo meta-literario¹. El acto y la experiencia de la lectura no son inocuos. Desde que aprendemos a leer en nuestra infancia nos acompañan ciertas suposiciones que nos apretarán –sin llegar nunca a ahogarnos– durante el resto de nuestra biografía lectora. Y, llegado el momento, sobre la operación de leer planeará la sospecha de la existencia de un sesgo en los patrones de lectura, sospecha que conllevará un cuestionamiento de las propuestas de significado y los horizontes de expectativas que los textos nos ofrecen.

Si concebimos, como Constantino Bértolo, la literatura como el sistema de creación de imaginarios colectivos e individuales, que recoge y reproduce la mirada y las expectativas con que en cada momento histórico una sociedad se enfrenta al futuro, vemos claro que no podemos pasar por alto el papel que la mujer ha desempeñado tradicionalmente en

1 Se acepta aquí la diferenciación de los estratos que Constantino Bértolo distingue en el capítulo «La operación de leer» en su ensayo *La cena de los notables*, Ed. Periférica, 2008. Véanse p. 53 y ss.

«Como mujeres lectoras se nos ha sustraído el poder derivado de la experiencia de vernos como «sujeto» de la literatura y las pocas veces que sí hemos tenido espacio hemos sido interpretadas desde el punto de vista del hombre.»

ella. A este respecto, la crítica literaria feminista sigue llamándonos la atención sobre cómo el canon literario se ha constituido sobre la predominancia del poder masculino y la ausencia de la voz de las mujeres. Sabemos bien que el papel de la mujer ha sido infravalorado, cuando no ignorado. No en vano, en la sociedad patriarcal en que vivimos han sido los hombres quienes tradicionalmente han tenido el poder de definir y nombrar.

El canon no solo está escrito «por» hombres sino «para» hombres. Sin demasiado esfuerzo nos damos cuenta de que, en tanto lectoras, hemos sido educadas para identificarnos con el punto de vista masculino y con el sistema de valores patriarcales. Las mujeres hemos sido sistemáticamente asimiladas en el masculino genérico y, en consecuencia, se nos ha negado nuestra diferencia y obviado la experiencia que tenemos de nosotras mismas. Así, como mujeres lectoras se nos ha sustraído el poder derivado de la experiencia de vernos como «sujeto» de la literatura y las pocas veces que sí hemos tenido espacio hemos sido interpretadas desde el punto de vista del hombre.

Consciente de la dificultad que entraña en una mujer la lectura y convencida de que la experiencia de la lectura se estructura de manera diferente según cuál sea el género de la persona que se acerca a un texto, Judith Fetterley cuestionó en 1978, en *The Resisting Reader: A feminist approach to American fiction*, la existencia de un modelo ideal de lector pretendidamente agénérico. En su análisis de la tradición de la literatura clásica norteamericana, Fetterley cree que las mujeres han sido obligadas a leer contra la propia subjetividad de mujer y que, al identificarse con el punto de vista y el sistema de valores del hombre, en realidad lo han hecho con uno de sus principios más extendidos, la misoginia.

Fetterley acuña el término «lectora resistente» y formula la existencia de una lectora que, en su proceso de diálogo con el texto, muestra su resistencia a la intención que tienen los textos de dominarla y obligarla a aceptar una visión masculina. La llamada «lectora resistente», al mostrarse remisa, pretende desenmascarar las relaciones de complicidad que se dan entre personajes y autores para descifrar, a través de los distintos códigos narrativos, la ideología que subyace a los textos que la excluyen. Judith Fetterley nos propone una resistencia a la codificación tradicional y un rechazo a aceptar los parámetros que la estructura androcéntrica sienta de antemano. El concepto de «lectora resistente» implica, además, que se tenga en consideración la voluntad y la agencia lectoras, lo cual nos lleva a pensar en un «empoderamiento lector», que surgiría con nuestra toma de conciencia de haber sido educadas para

pensar como hombres e identificarnos con el punto de vista masculino. Leer, desde esta perspectiva feminista, consistiría en «resistir» y no en «asentir», lo que conduce a disputar la autoridad del texto; de otro modo, el cuestionamiento de Fetterley pone en duda la veracidad misma de la versión de los hechos que los textos nos proponen. Esta resistencia pasa por el esfuerzo de abandonar las ideas recibidas y las propuestas paradigmáticas de lectura que hemos asumido acríticamente durante buena parte de nuestra vida.

Podríamos afirmar que la crítica feminista pretende desmitificar y decodificar las preguntas y respuestas encubiertas en las obras que la tradición androcéntrica pone a nuestro alcance. Como afirma Deleuze, en referencia al sistema de binarización como sistema de legitimación y conformación de la realidad: «Las preguntas ya están calculadas de antemano en función de las posibles respuestas a tenor de las significaciones dominantes. Así es como se constituye un patrón tal que todo lo que no pase por él no puede materialmente ser oído².» También la tradición patriarcal, bajo cuyo abrigo se resguarda el canon, configura un espacio en el cual el hombre puede reconocerse (con independencia de sus características concretas, el hombre es llamado a mirarse en las obras literarias como en un espejo) y la mujer, en la medida en que se sustrae de la representación, es condenada al silencio.

Una nueva rebelión por el conocimiento

El control sobre el presente lo es a la vez sobre nuestra memoria, nuestro conocimiento y nuestra experiencia. En palabras de Foucault: «Puesto que la memoria es en realidad un factor muy importante de la lucha (reparad que de hecho los conflictos se desenvuelven en una suerte de movimiento consciente de la historia), si se tiene el control de la memoria de la gente, se controla su movimiento. Del mismo modo, se controla su experiencia y su conocimiento de las luchas previas³...» Por eso, pensándolo bien, quizás hoy no nos baste con ser únicamente lectoras, debemos ser también «relectoras resistentes», debemos asumir la tarea de renombrar la realidad propia sin partir de modelos preestablecidos y potenciar un diálogo abierto con el pasado a través de la lectura. De ese modo es cómo podremos entrever el rastro que han dejado las voces y los silencios de tantas mujeres en el lenguaje. Adrienne Rich expresa bien el sentido de esta voluntad de volver la mirada atrás: «Re-visión, el acto de mirar atrás, de mirar con ojos nuevos, de asimilar un viejo texto desde una nueva orientación crítica, esto es para las mujeres más que un capítulo de historia cultural; es un acto de supervivencia.»⁴

Según Rich, necesitamos conocer los escritos del pasado de una forma distinta a como nos han sido divulgados hasta el momento, para no

2 Guilles Deleuze y Claire Parnet: *Diálogos*, Pretextos, Valencia, 1980, p. 25

3 Michel Foucault: *Film in Popular Memory: An interview with Michel Foucault*, *Radical Philosophy*, 11, 1975, p. 26

4 Adrienne Rich: *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Ed. Horas y Horas, Madrid, 2010, p. 48

reproducir una tradición errada sino para deshacernos de la influencia poderosa que sigue ejerciendo sobre nosotras. Ahora bien, la lectura de un texto comienza antes de abrir un libro, pues con anterioridad quien lee tiene unos conocimientos para descifrar e interpretar el lenguaje del texto literario, al igual que dispone de unas coordenadas ideológicas o de cierta experiencia de sí misma. Por todo eso, para abordar los problemas que afrontamos como lectoras debemos ahondar en el conocimiento de las cuestiones previas: cómo nos comprendemos a nosotras mismas, cómo nos han educado para ser quienes somos, en qué medida nuestra facultad de imaginar ha sido domesticada, cuándo y cómo nos distanciamos de las normas, qué relación establecen quienes escriben con el lenguaje o el estilo (de qué manera se hacen explícitas sus disidencias y cómo podemos rastrearlas) y un largo etcétera. Lo que está en juego es mucho: no se reduce al mero cuestionamiento de los privilegios de los hombres en el ámbito, esta vez, literario. No. Nuestra necesidad más viva es abrir nuevas y renovadas interpretaciones allí donde todo parece condenado al silencio, abrir espacios de enunciación que no sean los prefijados y hacer posible una interrelación de ideas desde un lugar que no sea el del subalterno. Se trata, en definitiva, de conseguir una verdadera rebelión por el conocimiento que no esté sometida a una lógica de la necesidad. —